
El Diablito Colorado

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8739

Título: El Diablito Colorado

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 4 de febrero de 2026

Fecha de modificación: 4 de febrero de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Diablito Colorado

Había una vez un chico que se llamaba Ángel y vivía en la cordillera de los Andes, a orillas de un lago. Vivía con una tía enferma; y Ángel había sido también enfermo, cuando vivía en Buenos Aires, donde estaba su familia. Pero allá en la cordillera, con el ejercicio y la vida al aire libre se había curado del todo. Era así un muchacho de buen corazón y amigo de los juegos violentos, como suelen ser los chicos que más tarde serán hombres enérgicos.

Una tarde que Ángel corría por los valles, el cielo de pronto se puso amarillo, y las vacas comenzaron a trotar, mugiendo de espanto. Los árboles y las montañas mismas se balancearon, y a los pies de Ángel el suelo se rajó como un vidrio en mil pedazos. El chico quedó blanco de susto ante el terremoto; cuando en la profunda grieta que había a sus pies vio algo como una cosita colorada que trepaba por las paredes de la grieta. En ese mismo momento la gran rajadura se cerraba de nuevo, y Ángel oyó un grito sumamente débil. Se agachó con curiosidad, y vio entonces la cosa más sorprendente del mundo: vio un diablito, ni más ni menos que un diablito colorado, tan chiquito que no era mayor que el dedo de una criatura de seis meses. Y el diablito chillaba de dolor, porque la grieta al cerrarse le había apretado una mano y saltaba y miraba asustado a Ángel, con su linda carita de diablito.

El muchacho lo agarró después por la punta de la cola, y lo sacó de allí, sosteniéndolo colgado cabeza abajo. Y después de mirarlo bien por todos lados, le dijo:

—Oye diablito: si eres un diablo bueno (pues hay diablos buenos), te voy a llevar a casa, y te daré de comer; pero si

eres un diablo dañino, te voy a revolear en seguida de la cola y arrojaré al medio del largo.

Al oír lo cual el diablito se echó a reír:

—¡Qué esperanza! —dijo—. Yo soy amigo de los hombres. Nadie los quiere como yo. Yo vivo en el centro de la tierra, y del fuego. Pero estaba aburrido de pasear siempre por los volcanes, y quise salir afuera. Quiero tener un amigo con quien jugar. ¿Quieres que yo sea tu amigo?

—¡Con mucho gusto! —repuso Ángel, parando al diablito en la palma de la mano—. ¿Pero no me harás daño nunca? ¡Cuidado, porque si no te va a pesar, diablito de los demonios!

—¡Qué esperanza! —tornó a contestar el diablito, dándole la mano—. Amigos, ¡y para toda la vida! ¡Ya verás!

Y he aquí cómo Ángel y el diablito trabaron amistad, vivieron como hermanos y corrieron juntos aventuras sorprendentes.

El diablito, claro está, sabía hacer de todo y jugar a todo; pero su gran afición era la mecánica. En una esquina de la mesa donde Ángel estudiaba de noche sus lecciones, el diablito había instalado su herrería; fierros, herramientas, fragua y un fuelle para soplar el fuego. Pero todo tan diminuto que el taller entero no ocupaba más espacio que una moneda de dos centavos, y había allí de todo, sin embargo, y allí fabricaba el diablito los delicadísimos instrumentos que necesitaba. Y mientras el muchacho estudiaba a la luz de la lámpara, el diablito trabajaba en la sombra de la pantalla y martillaba y soplaba que era un contento.

¿Qué hacía el diablito? ¿Qué era lo que fabricaba? Ángel no lo sabía. ¡Era tan chiquito todo aquello!

Pero lo más sorprendente de esta historia, es que el diablito era invisible para todos menos para Ángel. Sólo su amigo lo veía: las demás personas no podían verlo. Más el diablito

rojo existía realmente, como pronto lo hizo ver.

Una tarde hubo un concurso de honda entre los muchachos de la escuela. La goma de la honda de Ángel se rompió al primer tiro; y cuando ya se daba por vencido, vio al diablito trepado a su dedo pulgar.

—¡No te aflijas, primo! —le decía el diablito—. Abre el pulgar y el índice para que yo pueda sujetarme a ellos, y tírame fuerte de la cola; verás como nunca has tenido una honda igual.

Y en efecto, Ángel hizo lo que el diablito le decía, enroscó una piedra en la cola, y estiró, estiró hasta que no pudo más; y la piedra salió silbando, con tanta fuerza que se la oyó silbar un largo rato. E inútil es decir que Ángel ganó el concurso.

Notemos también que el diablito había llamado primo a Ángel. Y es que, en efecto, los hombres son primos; y aún hay otros parientes más raros, como pronto lo veremos.

En otra ocasión el maestro retó injustamente a Ángel; y tantas cosas desagradables le dijo, que esa noche, mientras el diablito trabajaba en su fragua, Ángel, en vez de estudiar, lloraba sobre la mesa. El diablito lo vio y dijo riendo:

—¡No te aflijas, primo! Voy a arreglar las cuentas a tu maestro. Ya verás mañana.

Y golpeando a toda prisa en el yunque, fabricó un instrumento raro, con el que salió corriendo. Corriendo siempre llegó a la casa del maestro, que estaba durmiendo y roncaba; y metiéndose con mucho cuidado dentro de su boca, le colocó el instrumento detrás de la lengua.

¿Qué bisagra, o qué resorte extraño era aquella cosa? Nunca se supo. Pero lo cierto es que al dar clase al día siguiente, el maestro estaba tartamudo, como si tuviera un resorte en la lengua. Quiso decir: «¡Alumno Ángel!» y sólo dijo «A... lu... lu... lu...». Y cuanto más se enojaba porque no podía hablar de

corrido, más se le trababa la lengua con su «a... lu... lu... lu...». Y los muchachos saltaban entre los bancos de contentos y le gritaban:

–¡Señor Alululú! ¡Señor Alululú!

Otra vez llegó al pueblo un hombre malísimo y con un sombrero tan caído sobre los ojos que no se le veía más que la boca y la punta de la nariz. Y el asesino dijo a todo el mundo que iba a matar a Ángel en cuanto saliera de su casa, porque le había robado una gallina.

Era una gran mentira; pero esa noche, cuando Ángel lloraba de codos sobre la mesa, el diablito que trabajaba en su fragua, le gritó riendo:

–¡No te aflijas, primo! Verás como nos divertimos mañana con ese hombrón.

Y después de forjar un instrumento sobre el yunque, como la vez anterior, el diablito fue corriendo a casa del hombre dormido, trepó sobre su frente, y con el taladro que había construido le agujereó la cabeza.

Pensemos qué chiquito debía de ser aquel agujero; pero al diablito le bastaba, porque quemándose con un fósforo la punta de la cola, echó adentro la ceniza, que tenía la facultad de dar la locura. Con lo que el hombre al día siguiente se levantó loco, y en vez de matar a Ángel corría muerto de contento por la calle diciendo que era una gallina Plymot-Rock; y en todas las esquinas quería poner un huevo y después se agachaba y se abría el saco, cacareando.

Ya se ve si el diablito tenía poder para hacer cosas. Lo único que lo molestaba un poco era el calor; y se bañaba ocho o diez veces al día en una copa.

En su fragua había hecho un peinecito de oro; y cruzado de piernas en el borde de la copa se peinaba despacio, mientras jugaba en el agua con la punta de la cola.

Muchos más servicios prestó el diablito a su primo Ángel. Pero el más grande de todos fue el que le hizo salvando de la muerte a su hermanita, que vivía en Buenos Aires. Cuando Ángel supo la noticia de la enfermedad se desconsoló tanto que no quería levantarse de la cama; y si se levantaba, se volvía a tirar vestido a llorar. Pero el diablito lo animó tanto que se decidieron a ir a Buenos Aires, a pie, pues no tenían dinero y aunque no conocían el camino, el diablito se guió por las grietas casi invisibles que dejan los temblores de tierra, grietas que nadie puede ver, pero que él veía, porque había nacido con los volcanes en el centro de la tierra.

Sería sumamente largo contar las aventuras que les pasaron en un viaje a pie de cuatrocientas leguas. Lo cierto es que una mañana llegaron por fin a Buenos Aires, y llegaron cuando la hermanita de Ángel estaba desahuciada y se iba a morir de un momento a otro.

El diablito comprendió al verla que la lucha iba a ser mucho más difícil que la que había tenido con el maestro tartamudo y el hombre loco, puesto que ahora debía luchar contra la Enfermedad; y la Enfermedad es la hija predilecta de la Muerte. Y él, ¿qué era, sino un pobre diablito? Pero enseguida veremos si era tan pobre como él decía.

La Enfermedad, hemos dicho, es la hija preferida de la Muerte; y la más inteligente de sus hijas, aunque sea también la más callada, delgada y pálida. Cuando la muerte quiere llevarse consigo a una persona cualquiera del mundo, recurre a los descarrilamientos, naufragios, choques de automóviles; y, en general, a las muertes por sorpresa.

Pero cuando las personas elegidas por la Muerte son personas muy desconfiadas, que se quedan encerradas en casa, entonces la Muerte envía a su hija más callada e inteligente, y la Enfermedad entonces abre despacio la puerta y entra.

Explicado esto, comprenderemos que la Enfermedad que desde dos meses atrás quería llevarse a Divina (así se llamaba la hermanita de Ángel), no abandonara casi nunca el cuarto de la enferma. La Enfermedad entraba al caer la tarde, sin que nadie la viera. Dejaba el sombrero y los guantes sobre el velador; se soltaba el pelo, y se acostaba al lado de Divina, manteniéndose abrazada a ella. La enferma se agravaba entonces, tenía fiebre y delirio. A las ocho de la mañana, la Enfermedad se levantaba, se peinaba otra vez y se retiraba. Al atardecer volvía de nuevo; y nadie la veía entrar y salir.

Pues bien: apenas acababan de entrar en el cuarto Ángel y el diablito, cuando la Enfermedad llegó. Quitose con pausa el sombrero y los guantes, y en el momento en que corría la sábana para acostarse, el diablito, rápido como el rayo, ató al tobillo de la Enfermedad una finísima cadena de diamante que había fabricado, y sujetó la otra punta a la pata de la cama. Y cuando la Enfermedad quiso acostarse, no pudo y quedó con la pierna estirada.

La Enfermedad, muy sorprendida, volvió la cabeza y vio al diablito sentado cruzado de piernas en el borde de una silla, que se reía despacio, con un dedo en la boca.

—¡Ja, ja! ¡No te esperabas esto, prima! —decía (el diablito). Y le decía también prima a la Enfermedad, porque los Hombres, los Diablos y la Enfermedad son primos entre sí.

Pero la Enfermedad había fruncido el ceño, porque estaba vencida. Ni aun intentaba siquiera sacudir la pierna, porque las cadenas de diamante que fabrican los diablos son irrompibles. El diablito había sido más fuerte que ella, y estaba vencida. No podía acostarse y abrazar más a Divina, y la enferma reaccionaría enseguida. Por lo cual dijo al diablito:

—Muy bien, primo. Has podido más que yo, y me rindo. Suéltame.

—¡Un poco de paciencia, prima! —se rió el diablito, jugando con la cola entre las manos—. ¡Qué apuro tienes! No te soltaré si no me juras que no vas a incomodar más a Divina, que es hermana de mi primo Ángel, a quien quiero como a mí mismo. ¿Lo juras?

—Te lo juro —respondió la Enfermedad; y acto seguido el diablito la soltó. Pero en vez de desatar la cadena, la cortó entre los dientes.

Mas cuando la Enfermedad se vio libre, se sonrió de un modo extraño mientras volvía a peinarse; y dijo al diablito:

—Me has vencido, primo. ¿Pero tú sabes que el que se opone, como tú, a los designios de mi madre la Muerte, pierde la vida él mismo? Has salvado a esta criatura, pero tú mismo morirás, por más diablito inmortal que seas. ¿Me oyes?

—¡Sí, te oigo! ¡Te oigo, prima! —repuso el diablito—. Sé que voy a morir, pero no me importa tanto como crees. Y ahora, prima pálida y flaca hazme el favor de irte.

Así dijo el diablito. Y quince días después, Divina había recobrado completamente la salud, y las rosas de la vida coloreaban sus mejillas. Pero el diablito se moría: no hablaba, no se movía y estaba siempre en el jardín. En la casa sin embargo, no se sabía que la salud de Divina era debida al diablito, que había sacrificado su propia vida por salvarla. Nadie, a excepción de Ángel; y Ángel, sentado en la arena, lloraba al lado del diablito moribundo; y le pedía que se dejara ver por su hermanita, para que Divina pudiera agradecerle, por lo menos, lo que había hecho por ella. Pues no olvidemos que el diablito era invisible para todos menos para Ángel.

El diablito, que se sentía morir, consintió por fin, y Ángel salió corriendo a buscar a su hermanita, y volvió con Divina; la cual, al ver a aquel gracioso diablito tan bueno e inteligente, que se moría hecho un ovillito sobre la arena,

sintió profunda compasión por él, y agachándose besó en la frente al diablito. Y apenas sintió el beso, el diablito se transformó instantáneamente en un hombre joven y buen mozo que se levantó sonriendo de un salto, y dijo:

–¡Gracias, prima!

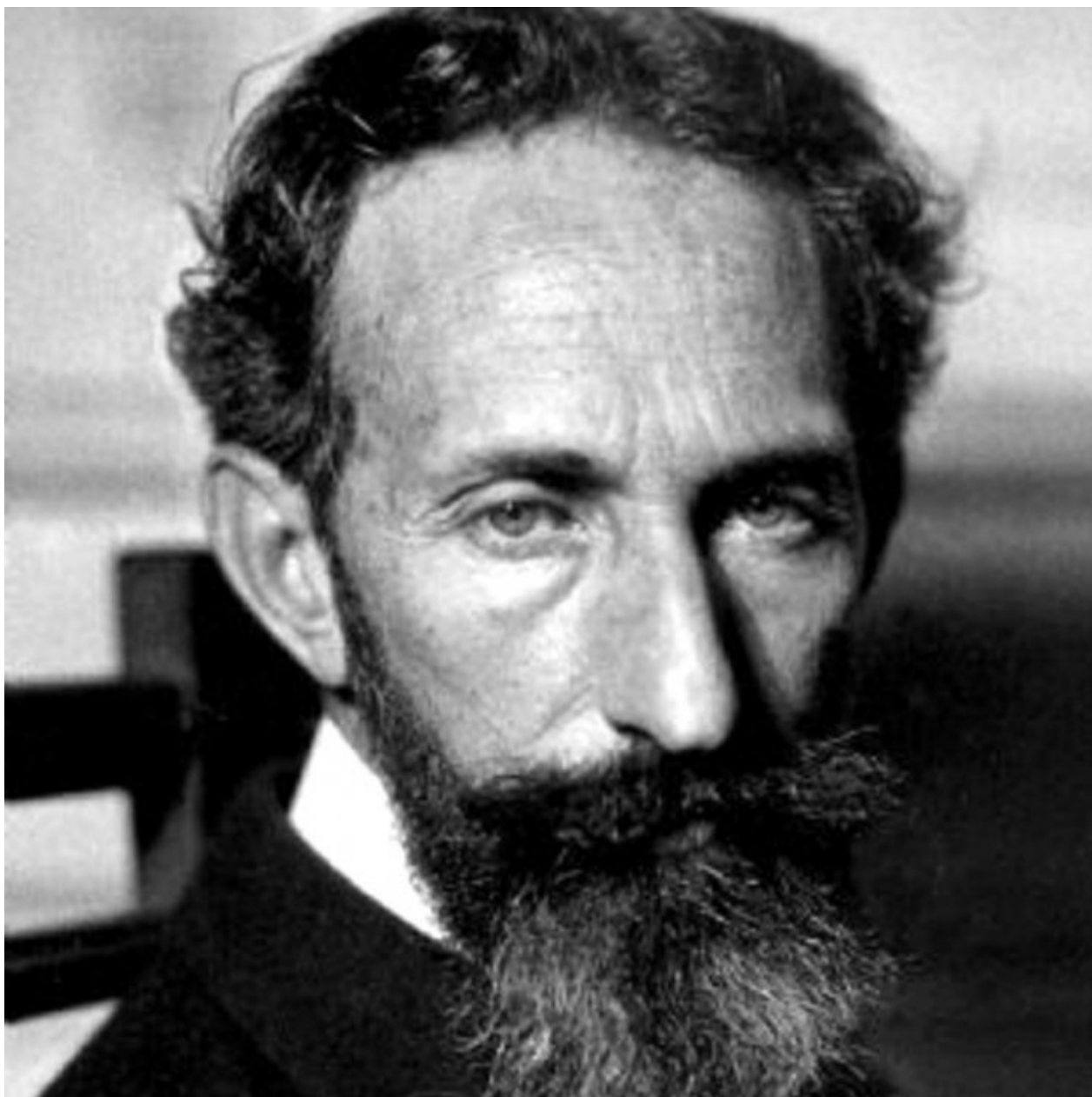
¿Quién había de imaginarse tal prodigio? Mas todo se explica, sin embargo, al saber que la hermanita de Ángel no tenía ocho años sino diecisiete, siendo, por lo tanto, una hermosísima joven. Y desde que el mundo es mundo, el beso de una hermosa muchacha ha tenido la virtud de transformar a un diablo en hombre, o viceversa; pero esta reflexión es más bien para personas mayores.

El diablito debía morir como diablo, mas no como hombre; y he aquí por qué burló una vez más a la Enfermedad.

De más está decir que Divina y su nuevo buen mozo primo, se amaron en seguida. En cuanto a Ángel, pasados algunos años se hallaba una tarde sentado en el jardín, pensando con tristeza que ya no tendría como antes un diablito para ayudarlo en la vida. Cuando pensaba así, sintió al ex diablito, su primo y cuñado, que le ponía la mano en el hombro y le decía sonriendo:

–¡No te aflijas, primo! Ahora no precisas ayuda de nadie, sino de ti mismo. Mientras fuiste una criatura, yo te ayudé, pues aún no tenías fuerzas para luchar por la vida. Ahora eres un hombre; y la energía de carácter y corazón, primo, son los diablitos que te ayudarán.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)